

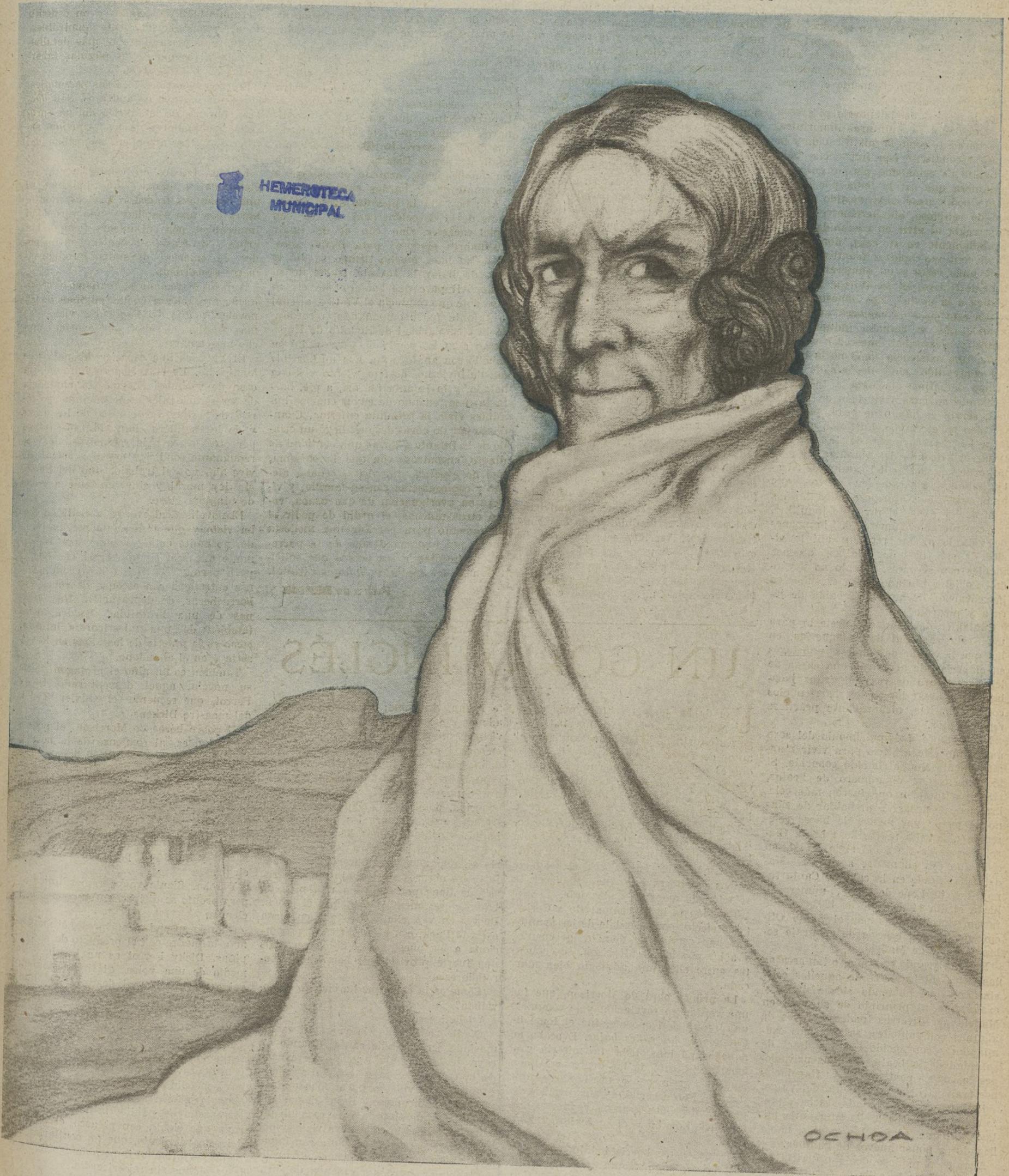
LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 26 DE SEPTIEMBRE DE 1920

NUM. 19.234

TIPOS ESPAÑOLES, POR ENRIQUE OCHOA



UNA MUJERUCA DEL CAMPO BURGALÉS

Ayuntamiento de Madrid

LA DEVOTA PICARDÍA

MADRID parecía una ciudad ejemplar en materia de devoción durante los siglos XVII y XVIII. También se prolongó este aspecto de confusa piedad durante el siglo XIX, que culminó con la Sor Patrocinio, la monja de las llagas, y el padre Claret. Pero en aquellas centurias, de una manera que, por fortuna, no ha podido repetirse después, la religión ostentábase con alarde que muchas veces no llevaba precisamente el ánimo a la edificación.

Los maestros de la novela picaresca nos han dejado, en pinturas inmortales, el recuerdo de cómo la mixtificación y la estafa escondíanse con frecuencia bajo el hábito de estameña, porque entonces cualquiera que así lo tenía por conveniente podía usar como vestido un hábito de religioso, sin pertenecer a ninguna regla ni vivir en comunidad, sino regaladamente en su casa, donde recibía de continuo copiosos donativos, en especie unas veces y en numerario otras. Afán de Ribera, en su «Virtud al uso y mística a la moda», nos muestra cómo existía esta clase de hombres, que adoptaban el que se llamaba indumento de beatos, y alcanzaban, merced a su estameña, una existencia como no la hubieran conseguido sino después de largo tiempo de latines, teología y cánones.

Cuando no para vivir bien en la ciudad, servía el hábito de beato para vivir bien en el campo, hurtando el cuerpo a las persecuciones de la justicia. Desde el lado allá del Abroñigal, y a lo largo de las cuestas del camino de Alcalá, hallaban albergue en cuevas, que unas veces la Naturaleza daba hechas y otras labrábase el presunto inquilino, un considerable número de hampones de toda laya, que recibían allí la visita de sus antiguas dafas, quienes iban con socorros, cuando no llevándoles objetos hurtados para esconder en las covachas de aquella Tebaida de jácara y picardía.

Cualquier devoción era pretexto para toda esta variedad de bellaquerías, en las que a vuelta de sonoros puñetazos en el pecho, de arrastrar una carga de leña en figura de rosario, gritar jaculatorias y besar los suelos, barriéndolos con las barbas, alcanzábanse prácticos rendimientos.

No siempre fué patrimonio del sexo masculino este arbitrio para vivir magníficamente sin patrimonio conocido. Si bien fué menor el número de beatas, cierto es también que fueron más celebradas y famosas. Y al hablar de ellas no se puede por menos de hacer referencia a aquella maravillosa beata Clara, que desde fines del siglo XVIII, en que vino con su madre a vivir en Madrid, habitando en la calle de Cantarranas (hoy de Lope de Vega), número 6, hasta el día 14 de julio de 1803, en que fueron aprehendidas por el Santo Oficio, ejerció una especie de arbitraje sobre la corte de Madrid.

Fué tan grande su maña, o tan escasas las luces intelectuales de aquellos eclesiásticos, que habiendo sido visitada y examinada al principio de su vida en Madrid por diversos padres graves de algunas comunidades, salieron los examinadores convencidos de las dotes de santidad de la beata, y cuyas privaciones, ayunos, penitencias y flagelaciones eran ya del conocimiento del vulgo.

La fama de la iluminada crecía, y tanto crédito había para ella en asuntos milagrosos, que, según las gentes, había llegado «a poner huevos de gallina».

Algo poco piadoso debió ocurrirle en la vecindad de la calle de Cantarranas, por cuanto la beata apresuró a cambiar de domicilio, acudiendo a buscar aposentamiento en el otro extremo de la

villa, yendo a dar con sus excepcionales virtudes en la calle de los Santos, esquina a la Carrera de San Francisco, y frente por frente al convento de este nombre, donde tomó por confesor al maestro de novicios fray Bernardino Barón. En la nueva casa de Clara aumentáronse los éxitos y acrecióse notablemente su clientela. Allí acudían los ministros de Carlos IV a consultarla los más arduos problemas del Estado; con lo que ella, puesta en oración y hablando siempre como por revelación divina, dictaba consejos políticos acerca del gobierno de España y de sus Indias. Allí presentábanse con las bolsas bien repletas las duquesas goyescas, que acudían a solicitar su gracia en medio de los caminos del pecado. Y allí, en fin, toda la sociedad de su tiempo, grandes y chicos, altos y bajos, llevándole el tributo de su fe, su admiración y su peculio.

Pero la ruindad de esta baja vida no respeta el misterio de las almas iluminadas. Y, lo que es peor, aquel espíritu vidente no acertó a comprender dónde se había de encontrar con el fin y la destrucción de su imperio, tan ultraterreno y tan prácticamente material al mismo tiempo. No pudo sacrificarse de una manera más prosaica, y hubo de ser una criada despedida y enojada la que dió al traste con aquel artificio. Fué la moza, que había salido de la casa y servicio de la beata por cierta que-rela que con la madre hubo, a confesarse con el párroco de San Andrés, D. Rafael Oreñalde, y faltóla tiempo para informarle de todos los engaños de la hipócrita embaucadora, que así convirtió en granjería la credulidad de sus contemporáneos. Averiguóse lo que decía la criada, siendo uno de los más eficaces testigos el pastelero de Puerta de Moros, proveedor en abundancia de los banquetes que Clara celebraba con sus

amigos cuando se retiraba de su casa la devota concurrencia. Así, no fué pequeña la sorpresa ni corto el susto de quienes frecuentaban el camino de casa de la beata, cuando vieron el sello de la Inquisición en la puerta.

La beata madrileña era contemporánea de la de Cuenca, la luminada de Villar de Aguilas; pero ésta fué realmente una visionaria que carecía del aspecto pícaro con vistas al sibirismo de la mixtificadora de la calle de los Santos. Fuera larga tarea enumerar todos los farsantes de ese género que hubieron de habérselas con el Santo Oficio. Entre los anteriores a la beata Clara merece recordarse Mateo Rodríguez, el Esterero Santo, que gozó de extraordinario predicamento en Madrid hasta que en 13 de enero de 1638 salió del convento de Santa Domingo el Real para ser públicamente azotado en castigo a sus múltiples y burdas supercherías.

Aun hoy día la picardía suele ampararse de la devoción; pero no ya con aquel carácter: sino con el de fingir costumbres piadosas para recibir socorros. No hace mucho tiempo se dió el caso de bajar la Infanta Isabel de su automóvil para que subiera en él un sacerdote que conducía el Viático, al cual la Infanta fué acompañando, recordando la ejemplaridad de Rodolfo de Hapsburgo cuando, yendo de caza, cedió su caballo con análogo fin. Era un horrible día de invierno, de frío, viento y lluvia helada, y la Infanta fué así, a pie, hasta la casa, en uno de cuyos cuartos humildes vivía la presunta enferma. Cuando un par de horas después llegó un criado de la Infanta a llevar una cantidad de dinero, encontróse con que la enferma, que no esperaba tal visita, cenaba alegre y copiosamente con su familia, y vínose en averiguación de que usaba, como otras muchas, el ardid de pedir el Sacramento para percibir una modesta suma que algunas damas de la parroquia concedían a los pobres que solicitaban aquel confortamiento espiritual.

Pedro de REPIDE

UN GORKY INGLÉS

UNO de los temperamentos más originales entre los nuevos novelistas ingleses es, sin duda, Arthur Morrison, el autor de *Tales of mean Streets*, libro que al publicarse fué por unos tan discutido y por otros tan admirado. Hay quien llamó a Morrison el Guy de Maupassant británico.

Existe, a no dudar, cierto parentesco, no sólo por el carácter de la obra, sino también por la intensidad espiritual de la misma. Pero en la comparación de ambos escritores hay que establecer la relación de maestro y discípulo.

También se le ha comparado a Gorky, y, en efecto, por la índole de los asuntos que han servido de tema a los cuentos y a las novelas de Morrison, se encuentra entre ellos una analogía bien marcada.

La primer obra de Morrison, que fué una verdadera revelación y le conquistó una reputación enorme, fué el tomo de *Cuentos de las calles bajas*. Evocaba en aquellas páginas toda la miseria y el embrutecimiento de las gentes del East-End, el barrio pobre de Londres, que también han descrito, en sus diversos aspectos, otros dos grandes escritores, como Jack London y el judío Israel Zangwill.

¿Cómo es ese barrio londinense? Morrison lo presenta en estos términos:

«Está allá, cerca de Cornhill, al fondo de Leadenhall Street y detrás de Aldga-

te Pump, dirá uno; un barrio horrible, adonde fui un día en compañía de un vicario; un siniestro manojito de callejas en que hormiguean formas humanas, donde hombres y mujeres de una suciedad repugnante viven de una ración de ginebra, donde la ropa blanca es un lujo desconocido, donde cada ciudadano muestra un cardenal sobre los ojos y donde nadie ha peinado jamás los cabellos.

El East-End, dirá otro, es un territorio abandonado a los obreros sin trabajo, y los obreros sin trabajo son una raza que tiene por emblema una pipa de barro y por enemigo principal el jabón. De vez en vez, ella se traslada en masa a Hyde Park, con estandartes, y proporciona a los puestos de Policía cercanos una fuerte provisión de borrachos alborotadores.»

¿Cómo es la calle que ha elegido el novelista?

Así la describe: «Nadie ríe en ella; la vida allí es demasiado seria. Nadie canta. Cuando un rayo de amor baja a cualquier rincón de la calle, ese rayo baja demasiado pronto en la vida, y no es mas que un rayo muy brumoso. Baja demasiado pronto, porque él es la sola cosa un poco brillante que la calle haya visto, y por eso se le espera y se le llama con impaciencia. Muchachos y muchachas van de un lado para otro, torpemente, del brazo. Se hacen compañías a la manera indígna. Allí no hay cambio de promesas,

ni compromisos, ni siquiera palabras de amor. Lá pareja marcha, a lo largo de la calle, casi siempre en silencio. Y el amor es una cosa triste en esa calle, si se le compara con el amor en otros lugares. Comienza demasiado pronto y acaba demasiado pronto también.»

Ese es el escenario que Morrison ha elegido para sus cuentos y novelas. El los ha estudiado *d'après-nature* con una escrupulosidad de detalles y un espíritu de observación ciertamente admirables. No fué más escrupuloso ni más detallista Zola al componer las páginas tabernarias de *L'Assommoir*.

En ese escenario coloca sus personajes, héroes de blusa y de andrajos. Son *dockers*, obreros de la fábrica del gas próxima, trabajadores de los pequeños astilleros que se alzan en las orillas del Támesis.

La vida de ellos, en la miseria y la suciedad de los tugurios que habitan, es una espantosa tragedia. Y el escritor la narra con una sencillez y una veracidad impecables, pero al mismo tiempo, sin gritos y sin frases elocuentes, con un poder de emoción dramática prodigiosamente desbordada.

Aun ha extremado el realismo y el colorido sensacional en las páginas de su novela *Un hijo del Yago*. La visión es más amplia, el sabor que exprime mucho más amargo.

El Yago es una especie de patio de Monipodio. Es el vertedero humano, la casa de vecindad enorme, la ciudadela de seres racionales como un inmenso corral de bestias. Los obreros de los docks y de los astilleros han sido sustituidos por otros seres más repulsivos, de más repugnante condición moral y social. Se vive allí, no del trabajo, sino del hurto, sin ley moral y sin someterse a freno de ninguna clase.

El novelista, al evocar la realidad que ha visto y que indirectamente ha vivido, no omite detalle alguno, por repugnante que sea, sin miedo al escándalo, para permanecer fiel a la verdad. Así, nos entretiene con escenas de robos, de borracheras, de depravación. Hay escenas de una brutalidad trágica, pero también de una misericordia infinita, como es la muerte de los niños en la miseria y en el abandono.

También es un niño el protagonista de su novela, aquel desventurado Dicky Perrot, que recuerda el Olivier Twist, del maestro Dickens.

El pobre héroe de Morrison, el pequeño Dicky, es, al comienzo de la novela, un niño de ocho años. En el hogar familiar se vive del robo y se vive miserablemente. ¿Qué ha de hacer él? Seguir el mismo camino. Ciertamente que es un camino de perdición y sin redención, que fatalmente lleva a la cárcel, al patíbulo o a la muerte. Pero no hay otros en aquel barrio y en aquel patio de Yago para elegir.

Y roba. Siente vagos remordimientos; pero pronto se disipan en su oscura conciencia.

Cuando su padre está preso, él mantiene a la madre con el producto de sus rapinías. Dicky Perrot es un hombre. En medio de una pelea, al fin, recibió un golpe mortal. Era el destino. Se libró de la cárcel; pero su única liberación del camino del mal la encontró en la muerte.

La obra de Morrison es cruda por su realismo exagerado, cruel por la miseria y la depravación que nos describe. Pero hay en ella un fondo de piedad y de ejemplarización moral. Cree que es mejor enseñar al público la horrenda llaga para que sienta con el asco el escorzo del remordimiento, que no ocultarla para no perturbar el impecable egoísmo de los espíritus sin misericordia.

Angel GUERRA

EVOCACIONES
- LITERARIAS -

FEIJÓO O LA VARIEDAD

¿Qué escritor tan interesante el P. Feijóo! ¡Qué ameno, vario, culto, pintoresco, erudito, ocurrente, sabio, verdaderamente sabio! ¡Y qué periodista! ¡Qué formidable periodista!

La mudable Fortuna está desenterrando, impunemente, muertos literarios, bien muertos, y deja en el sarcófago de su «Teatro crítico» a Feijóo, que está vivo y es inmortal. ¿Por qué? No se explica, ni mucho menos.

Feijóo es, por antonomasia, el literato. Para él, la curiosidad no es, como para Lucrecio, un castigo, sino un recreo. Los vastos panoramas intelectuales se ofrecen a su ánimo con la lozanía que a Adán el Paraíso. Es un espíritu de colegial o de novio por el entusiasmo y la inquietud.

Tiene el sentido aristocrático de la variedad. «La constancia intelectual—ha dicho Goethe—es la virtud de las medianías.» Se interesa por todo e interesa a todos. Lo mismo habla del «Sistema filosófico de Newton» que del «Exterminio de los ladrones». Igual le da disertar sobre «Raimundo Lulio» que «Sobre el tránsito de las arañas de un tejado a otro».

¿Esto qué es sino periodismo? Periodismo elegante, vario, ágil, capaz, ejercido a mediados del siglo XVIII y modelo para los periodistas de bien entrado el XX. ¿Qué es sino amenidad? Amenidad letrada, engalanada, blasonada—no envilecida en el arroyo y hollada por el populacho—. Amenidad del XVIII—el siglo farragoso, enfático y filosofista—, más jugosa, fresca y sazónada que la amenidad del siglo XX—el siglo de la amenidad.

Ningún contemporáneo de Feijóo tuvo tanta celebridad, tanta autoridad. Ninguno fué, como él, traducido al francés, al italiano, al inglés, al portugués, al alemán. Ninguno, ni de entonces ni de ahora, vende, como Feijóo, más de medio millón de ejemplares! ¡Más de medio millón, señor!

¡Vender quinientos treinta y ocho mil volúmenes en aquel tiempo! ¡Y venderles sin erotismos, sin dramoneñas, sin fanatismos, sin odiar a nadie ni adular a nadie!

¡Ser un escritor popular, el escritor más popular, siendo, al mismo tiempo, erudito, el escritor más erudito! Que digan nuestros escritores populares la serie de claudicaciones, de adulaciones, de

compadrazgos, de renunciamientos que les cuesta su popularidad. Que declaren nuestros eruditos el aislamiento, el ostracismo, la falta de lectores que les cuesta su erudición...

Hasta los cincuenta corridos permanece inédito Feijóo. Pero en 1726, por septiembre, da a luz su primer tomo. Y ya, a los pocos meses, va su nombre de

boca en boca y se pronuncia con admiración. ¿De qué trata ese primer tomo del «Teatro crítico universal»? No es novela, ni poesía, ni filosofía, ni religión. Es una mezcla amena y sabia de estas y otras muchas cosas. Es sencillamente

matéricos.—Senectud del mundo.—Consectario contra filósofos modernos.—Música de los templos.—Paralelo de las lenguas.—Defensa de las mujeres.»

¿No estáis viendo el sumario de una gran revista moderna? Ese sutil filtro

hubo motines de filósofos y toscas grescas de barberos. Todo el Especialismo se alió contra la Variedad. Y entonces, como un mayorazgo de la Poligrafía, para defenderla y honrarla, entra en refida lid el Polemista.

Solo y aislado lucha contra tocos y los vence. Desde su convento de Samos, el ágil y pulido entendimiento afina su logística de erudición y su táctica de amenidad. Y de fábrica tan insigne salen las nobles armas de la réplica y de la victoria.

Y he aquí que, a los dos meses, el Especialismo se divide. Sus muros se grietean. Unos médicos lánzase contra otros. Unos músicos embisten a otros músicos. Se acabó la Infalibilidad.

El caso se repite con creces a cada volumen. Ya no está libre del examen detenido, ni de la sátira fugaz, ningún conocimiento humano. De la celca de Samos, alado con las alas del estudio y la amenidad, vuela el ingenio periodístico sobre España.

Asombra la riqueza de temas. El índice de sus nueve tomos es, aun hoy mismo, más atrayente que el de los modernos «magazines». Si no fuera porque ocuparía varias columnas, lo reproduciríamos, para que se convencieran ustedes.

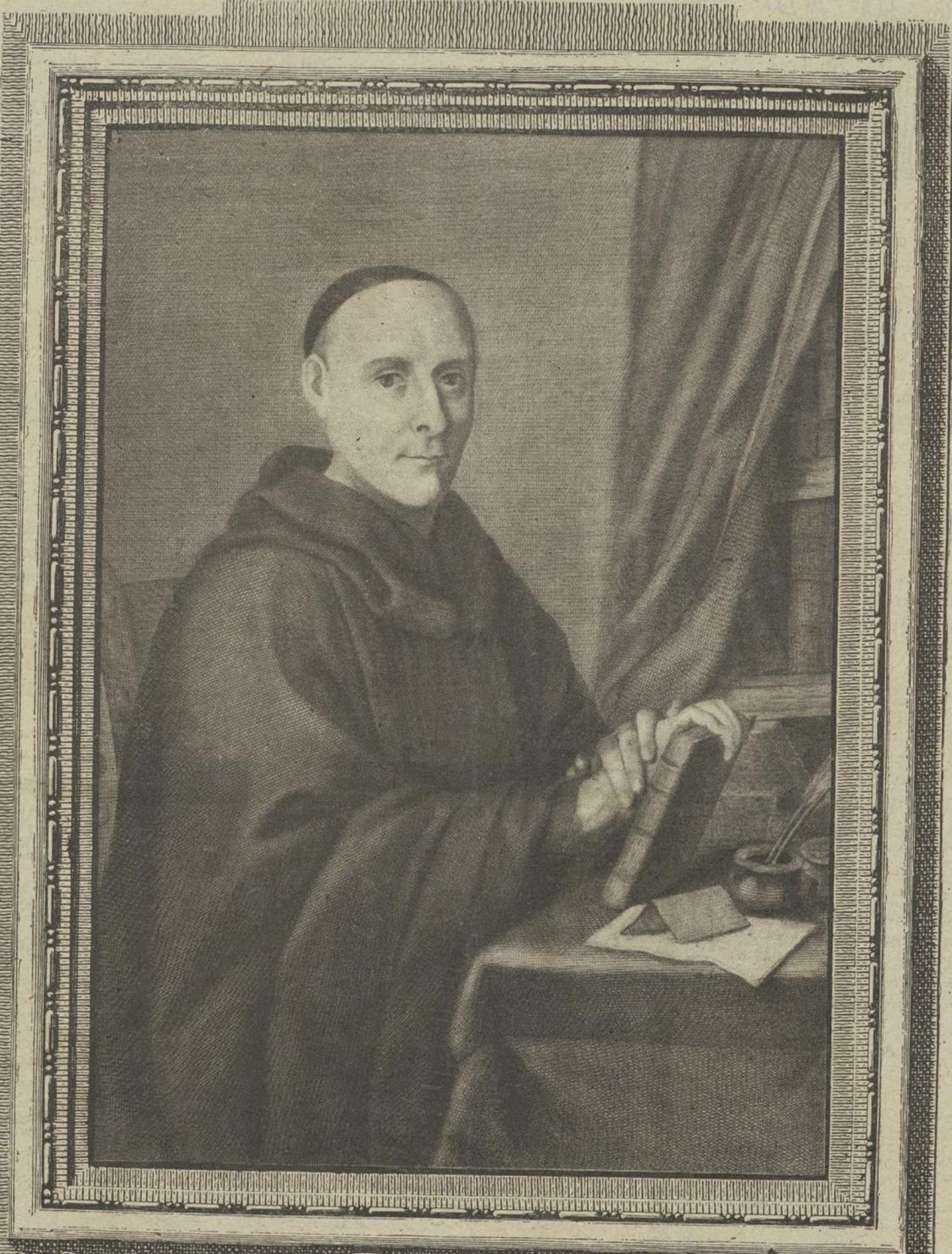
Pero no podemos sustraernos a espigar algunos como estos:

«Guerras filosóficas.—Profecías supuestas.—Las modas.—Arte de la magia.—Antipatía de españoles y franceses.—Saludadores.—Duendes y espíritus familiares.—Amor de patria.—Balanza de Astrea.—Valor de la nobleza. El médico de sí mismo.—Peregrinaciones y romerías.—Españoles americanos.—Fisiognomía.—Divorcio de la historia y la fábula.—Paradojas políticas y morales.—Sátiros, tritones y ninfas.—Impunidad de la mentira.—El no sé qué.—La cuarentena salutar.—Causas del amor. Remedios del amor.—Honra y provecho de la agricultura.—Dictado de las aulas.—Paradojas médicas.»

Se dirá que hay revistas de «Curiosidades» con estos y otros temas variadísimos. Pero, sobre que no tienen valor literario, porque llenan tan sólo funciones noticiarias, hay que considerar que esas revistas se imprimen bien entrado el siglo XX y que Feijóo editó su «Teatro» a mediados del XVIII.

En estos densos días de tecnicismo y especialización, por el lado erudito, y de chabacanería y ordinariéz, por el lado popular, no está de más la evocación del gran polígrafo que hizo la evocación amena y la amenidad erudita y que, como un San Jorge de la Variedad, alanceó al dragón, baboso, calvo, enfático y antipático, del Especialismo...

Cristóbal de CASTRO



FR. BENITO GERÓNIMO FEIJOO
Monge Benedictino: extirpador de las preocupaciones y errores vulgares. Natural de Cas de miro. Murio en Oviedo en 1764.

J. Maza lo dibujó.

J. Vazquez lo grabó.

un periódico. En sus artículos e discursos, el preclaro benedictino aborda estos temas:

«Voz del pueblo.—Virtud y vicio.—Humilde y alta fortuna.—La política más fina.—Medicina.—Régimen para conservar la salud.—Desagravio de la profesión literaria.—Astrología judiciaria y Almanagues.—Eclipses.—Cometas.—Años cli-

literario, digno de Nostradamus o del Ariosto, que se llama la Variedad, enardece bien pronto al público. Todas las profesiones lo absorben con avidez. En todas va acusando extraordinario efecto. Apenas publicado, se enzarzaron los médicos en disputas. Contendieron furiosamente los músicos. Terciaron, bruscos y tonantes, los matemáticos y astrólogos;

por el lado erudito, y de chabacanería y ordinariéz, por el lado popular, no está de más la evocación del gran polígrafo que hizo la evocación amena y la amenidad erudita y que, como un San Jorge de la Variedad, alanceó al dragón, baboso, calvo, enfático y antipático, del Especialismo...

LAS OREJAS DEL REY MIDAS



El domingo pasado— ¿no habéis visto EL IMPARCIAL del domingo pasado?— se dijo que el rey Midas, hijo de la diosa Cibeles, era rey de un país que llaman Frigia, y contamos lo que le pasó a este rey, que, por ser ambicioso de riquezas y querer convertir en oro las cosas todas, sin más trabajo que tocarlas, tuvo que escarmentar y arrepentirse, porque hasta el pan y el agua se le hacían oro en la boca.

Pues hoy vamos a contar otra cosa, también muy célebre, que le pasó a este mismo rey:

El dios Apolo y el dios Pan se preciaban de tocar la flauta a cual mejor, y decidieron concurrir a un certamen para ver cuál de los dos se llevaba el primer premio de flautista.

Es mucho cuento esto de que en cuanto alguien sabe hacer cualquier cosa no se contenta con saberlo, y no para hasta que demuestra a todo el mundo que él es el único en el arte y que los demás no sirven para nada.

Apolo y Pan decidieron celebrar unos juegos florales, y nombraron como juez al rey Midas para que éste dijera cuál de los dos era mejor maestro en flauta.

Midas los oyó y dijo que Pan. Y Apolo se enfurruñó y dijo que Midas era un asno.

No se ha podido saber si la razón era del rey o del dios. Apolo tenía mucha fama como músico; fué padre nada menos que de Orfeo, y le llamaban Apolo Musageta porque dirigía el grupo de las Musas, el mejor grupo de coristas que ha conocido el mundo hasta la fecha. Entender, pues, debía entender. Mas también es posible que tuviera todos aquellos cargos oficiales y sacara siempre el número uno en los certámenes por recomendación, por ser hijo de quien era, de Júpiter; pero que en el fondo fuera mejor la destreza de Pan, un dios que no había conseguido tanta reputación porque tenía el cuerpo peludo y los pies de macho cabrío, y hacía mal papel en sociedad. Puede también que la música de Apolo fuese demasiado exquisita y refinada para un crítico, y el buen rey Midas se creyera que valía más la música de Pan porque a él se le hacía más fácil; lo cual probaba cabalmente lo contrario.

Sea lo que fuere, lo cierto es que Apolo se puso por las nubes—costumbre de dioses—, y juró que al rey Midas le saldrían orejas de burro, ya que los oídos los tenía de tal, con objeto de que todo el mundo supiera a qué atenerse acerca de su facultad crítica y no se metiera nunca más a juzgar de lo que no entendía.

Y, en efecto, comenzaron a crecerle al rey las orejas desde aquel punto y hora, hasta convertirse en unas espléndidas, cumplidas, colosales orejas de burro.

El rey, azoradísimo, pasó tres o cuatro días encerrado, sin consentir que entrara nadie en sus habitaciones para que no le vieran las orejas. Pero como no era cosa de pasarse la vida de aquel modo, tuvo la ocurrencia de usar, desde aquel día, en todo momento y para todo, un gorro, popular en el país, que él reformó a su conveniencia, alargándole la tela de los lados hasta conseguir que quedasen cubiertas por completo las orejas que el dios le había impuesto.

Esto era en Frigia. Por eso el gorro frigio tiene esas orejuelas a los lados.

Nadie en la nación sospechó de la deformidad del soberano.

¿Nadie? ¡Ay, no! A un hombre tuvo que descubrir el rey, a la fuerza, su secreto: al peluquero. ¿Cómo dejar que le hicieran la barba sin levantar las lengüetas del gorro? Era imposible. Había que confesarle al barbero la verdad, y se la confesó.

—Pero ¡ay de ti!—le dijo—, ¡ay de ti si mientas a una sola persona, si haces siquiera la intención de contar a una sola persona mi secreto!... Morirás en el acto y echaremos a los puercos tu cadáver.

Prometió el barbero hacerlo así, y así lo hizo, en efecto; pero desde aquel día no vivió; no por miedo al castigo, pues el infeliz no abrió la boca, sino por tener que estar callado. ¡Un peluquero sin hablar!... Un peluquero saber una noticia sensacional, una noticia del calibre de aquella y no poderse la contar al parroquiano!...

Perdió el infortunado peluquero no sé cuántos kilos en diez días, y al undécimo, no pudiendo resistir más, se marchó al campo, cavó en la tierra un hoyo y, arrojándose en el suelo, le contó al hoyo la noticia:

«El rey tiene orejas de burro!»

Después volvió a rellenar de tierra el hoyo para que ni siquiera se pudiese llevar el viento las palabras, y se volvió a su casa con el alivio de quien ha podido, al fin, desahogarse.

Pasó el tiempo... Pasó... Y en el sitio aquel donde había el barbero del rey cavado el hoyo crecieron unas cañas... unas cañas rectas, esbeltas, flexibles. Un cañaveral delicioso...

Pasaba el viento entre las cañas... Y, al pasar, murmuraba... ¿Sabéis el qué? ¡Las palabras que el peluquero había sembrado!... Muy bajito, cuando el viento pasaba entre las cañas, susurraban éstas: «El rey tiene orejas de burro...»

Y fué tremendo aquello... Porque los ociosos que se acercaron, vagando, por el cañaveral, oyeron el secreto de las cañas. Y lo dijeron por el pueblo, dándose importancia: «Hemos oído que el rey...» Y otros, después: «Sé de buena tinta que el rey...» Y otros, por último: «¿No sabes que el rey...? Pero ¡hombre! Pero ¡si lo sabe todo el mundo!...»

Cuando el peluquero se enteró de que el secreto famoso andaba, y corría más que andaba, por el pueblo, salió de estampía, más que a paso, porque pensó, y con

razón, que el rey le acusaría de haber descubierto la verdad y cumpliría su amenaza de matarle.

Tremenda fué la indignación del rey, en efecto; el primero que se atrevió a sostener en público que el rey... que las orejas del rey... eran o no eran... fué colgado instantáneamente de un árbol por orden expresa de la propia majestad del rey Midas.

Esto hizo que, si alguien andaba reacio en creer cierto el fenómeno sorprendente, comenzase a sospechar que no debía haber mucho de falso en el asunto, cuando con tanto calor se tomaba. «Menos matar y más enseñarnos las orejas», se decía el que más y el que menos.

Fueron muchos los que pidieron en alta voz que se quitara el gorro el rey para que se le vieran las orejas. Y todos los que pidieron tal fueron colgados de los árboles... Y llegaron a verse en un conflicto, porque no había en la corte árboles bastantes para tantos como era necesario colgar de ellos...

Y en vista de que ajusticiaban al que decía la verdad, todos callaron; pero todos se encasquetaron un gorro frigio, con sorna, y como contrasena.

Las cañas, entretanto, sin embargo, seguían dando al aire la noticia.

El rey las condenó, por murmuradoras, a pena de hoz.

Y el pueblo todo entonces, haciendo unas flautas con las cañas, salió por las calles tocando una canción, que tenía por estribillo el consabido:

«El rey tiene orejas de buuu... rro.»

Esta fué la segunda aventura del rey Midas.

Esta historia demuestra, hijos míos, que los Juegos Florales han traído grandes calamidades a este mundo.

Demuestra esta historia, hijos míos, que no debéis meteros en la vida a juzgar a flautistas, porque si no entendéis, es feo juzgar siendo tontos, y si entendéis, es peligroso juzgar siendo tontos los otros.

Esta historia demuestra, hijos míos, que debéis prescindir del barbero, pues hombre que no sepa asearse por sí mismo está perdido.

Y demuestra, por último, esta historia que los secretos hay que guardarlos mucho, hijos míos; que hasta de la tierra se escapan, y las palabras, hijos míos, aunque parezca que no, el viento se las lleva...

Por la narración,
Manuel ABRIL

Dibujos de BARTOLOZZI.



EL ALBA EN EL TREN

Rebaños... El pardal de los rastrosos.
Las nieblas en las crestas y canchales...
Espesuras sin sol... Arboles rojos...
Un arroyo que baja entre jarales...

Vellones del otero vienen vagos,
indecisos de gris, copos deshechos...
Verdes los robles y los jaramagos,
y en las cimas heladas, los helechos...

Pita el tren en la niebla... Se fatiga.
Va subiendo, subiendo...
¡Lloran los pinos en la cumbre amiga,
agua, hielo y resinas escurriendo!...

Suena un vago estertor. El tren se inclina
para tomar la curva pronunciada...
La niebla se hace espesa, y la llanada
va hundiéndose al pasar... No se ve nada.

En el fondo del valle, los arroyos
serpentean un brillo intermitente...
Se ven, entre la niebla, los rebollos
como en un transparente.

Amarillos los álamos de plata.
Las choperas, bermejas.
Prusia, los pinos; sangre, una fogata,
y blanco de marfil, unas ovejas.

No hay pájaros... Subimos. Se difuma,
se deshace el paisaje.
Las peñas se recortan en la bruma
y el helecho dibuja un gran encaje...

Armonías de azules y morados.
Canchales, torrenteras...
Están los barrancones inundados
y anegadas de charcos las trincheras...

La trinchera se estrecha, hosca y sombría...
Una piedra gigante, como un sapo
meditando a la orilla de la vía,
se agranda poco a poco... Un gusarapo
mira al tren, en su charca, atentamente.
Una boca muy grande y muy oscura
—fauce de un túnel—cierra la pendiente.
El tren pitá al entrar, sopla y fulgura.

En lo oscuro del túnel, los viajeros
se contemplan. La llama mortecina
tiene estremecimientos agoreros...
La otra boca del túnel se ilumina

y salimos a un puente trepidante,
donde la niebla se agarró, tan densa,
que parece colgante
sobre el vacío azul. La mancha extensa

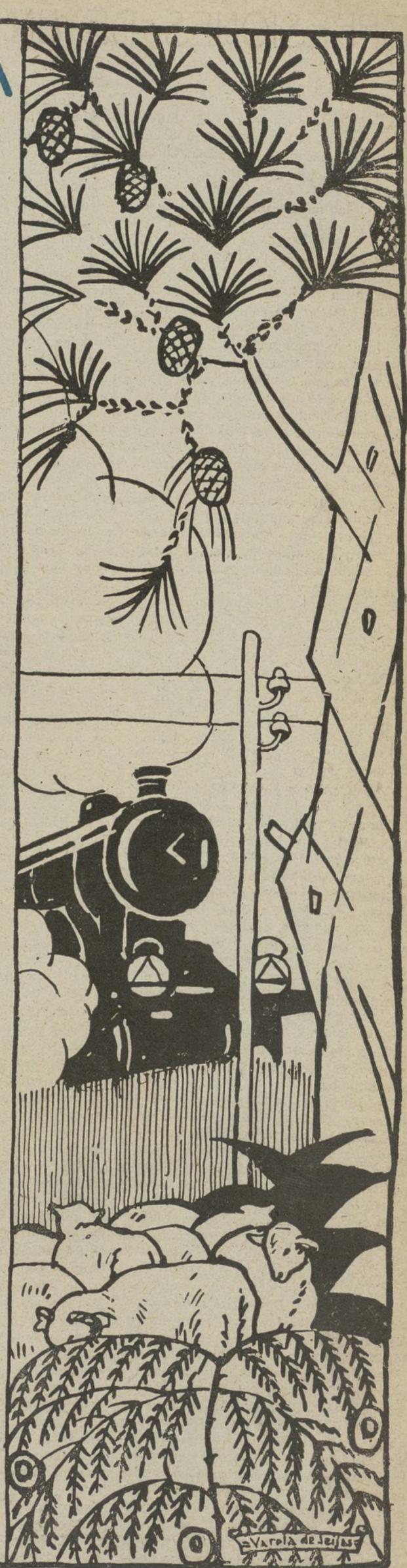
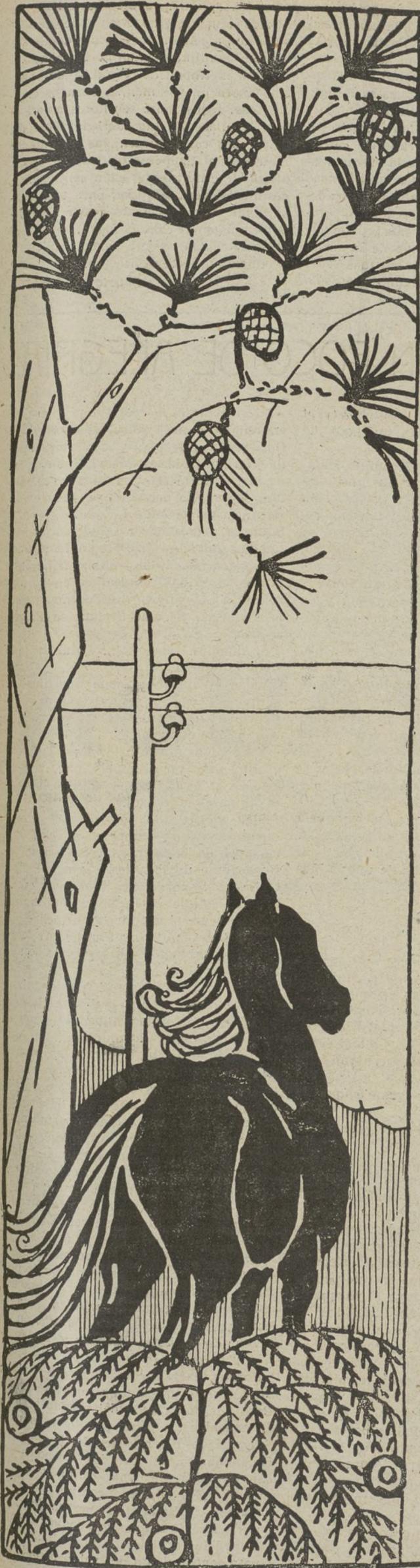
de un inmenso pinar baja hasta el puente;
y el puente se reclina en su espesura
con la misma dulzura
que un mastín en la tolla de una fuente.

... Hemos llegado ya. También nublado
ha llegado septiembre ante nosotros.
Nos aguarda una yegua y a su lado
los espantados potros.

—¡Llovió, señor, llovió!—dice el potrero...
Pasa un auto. Se asusta la potranca,
y a poco sólo queda, en el otero,
del tren el humo gris, que va rastrero,
y del auto veloz, la estela blanca...

Luis FERNANDEZ ARDAVIN

Ilustración de Varela de Seijas.



IMPRESIONES DE UN LECTOR

«La sombra del convento»

La sombra del convento, de Manuel Gálvez, es la evocación de una ciudad provinciana en la Argentina: Córdoba, una población que viene a ser antítesis de Buenos Aires. Para un lector europeo, la nacionalidad argentina se constituye sobre tres elementos: la herencia española, el fondo autóctono y la influencia extranjera, singularmente francesa e italiana. Ignoro si hay en la República del Plata una ciudad que plasme el factor endogénico, tan vivo todavía en otras Repúblicas menos europeizadas; sin duda sería la más interesante. Pero así como la capital, de cada día más, es una cosmópolis cuya vitalidad material le impide constituir un imperialismo espiritual genuino, y está, por ello, sometida todavía a la irradiación europea, en cambio, esa Córdoba que nos pinta Manuel Gálvez es una provinciana urbe española, nada criolla, trasplantada sobre el suelo de las Indias.

La humanidad que pulula en esa Córdoba (en esa Nueva Córdoba) es una pobre y gris humanidad... Hay, pues, en el sujeto literario de esa estilización una originaria pobreza de asunto. La ciudad argentina (usemos la palabra ciudad en el sentido que le dió Fustel de Coulanges, como trasunto y forma de una civilización concreta) no resalta, como visión fisonómica de un grupo humano, a través de esas mesocracias sin espiritualidad y de esas calles sin la huella gloriosa de un pasado monumental. Toda ciudad (otras veces lo he dicho) es doble y tiene, como Jerusalén, una forma material y una significación espiritual o celeste. Toda ciudad, repito, es la unión de un concepto de agrupación humana con un concepto de agrupación de hábitáculos o edificios. Hay una ciudad de carne y otra de piedra: una ciudad torrente y una ciudad cauce, por donde discurre la avenida humana. Acaso las palabras griegas *asty* y *polis*, como las latinas *urbs* y *ciuitas*, corresponden respectivamente a ambos conceptos.

Pues bien; ni la ciudad humana, en la obra de Gálvez, vive a la sombra de una tradición cuya grandeza excuse la estrechez fanática de microcosmos, ni la ciudad de piedra conserva, como herencia de perennidad, un sentido de belleza que compense la pobreza actual de sus muros conventuales.

Claro está que esa cualidad negativa del asunto de la novela no implica mengua para la labor del novelista. Me he referido hasta ahora al elemento objetivo de la novela. El subjetivo, entendiendo por tal el autor, ha luchado con aquella dificultad y realmente la ha vencido. Pero la crisis espiritual que sufre, al llegar a Córdoba desde Buenos Aires, el personaje que refleja al autor, no es la victoria del protagonista sobre el medio, sino la absorción del protagonista por el medio. José Albertó Flores es un caso de flaqueza espiritual y fluctuación de conciencia. La lucha entre él y su recio antagonista, aquel doctor Belderrain cuya alma es un páramo, no alcanza las proporciones de una lucha trágica o siquiera las de un conflicto romántico al modo de Daniel Morton, el héroe de Galdós, o aun el de Daniel Rochat, el héroe de Sardou. Nada de eso. Diríase: la pugna entre bovarismo y tartufismo, esas dos morbosidades tan puramente provincianas: el bovarismo de un escritor *raté*, imbuido de lecturas sobre las cuales no ha flotado una clara y rotunda afirmación de sí mismo que le preserve de la caída mujeril bajo la primera alma masculina que ante él se levante, y el tartufismo de un pequeño mundo que ha se-

cado las fuentes de la espiritualidad por el hábito de aquella humillación interior de que nos habla Renan en sus *Recuerdos* y que inutiliza para toda vida noble.

En la evolución del temperamento de Gálvez, esta obra pertenece todavía a la modalidad que produjo *El solar de la raza*, como un eco trasatlántico de la reacción contra el romanticismo; reacción cuyos corifeos han sido Lasserre, Maurras, Barrès. Pero ya se nota en algunas páginas la conciencia de un error: el error de haber tomado como retorno al espiritualismo una veleidad literaria por fórmulas externas e idolátricas de supuesta religiosidad. Error que se hace más patente en el pequeño mundo de esa Córdoba americana, tan española en ese punto, que ha conservado, como la vieja metrópoli, según consigna el autor, «un sentido feroz de la religión».

Hay en esa novela un personaje, el llamado Bustamante, que encarna ya un retorno inverso a la espiritualidad, por odio al materialismo ritual de los que se apellidan fieles, huérfanos de caridad y misticismo. Con todo, ese mismo personaje comete alguna injusticia (véase la página 234) por su natural aversión al eterno M. Homais... Hay algo más que oponer a las páginas de De Maistre y Veuillot...

Dejadme señalar, en fin, la gracia fina y atrayente de una figurina de mujer que pasa, fugaz, sobre esa novela sombría. Asunción Belderrain. Ella, con toda su frivolidad provinciana, compensa la engolada afectación de su padre, el tedio de su ambiente familiar y ciudadana, donde parece incubarse, para los futuros destinos de la patria, el germen de buitre de un futuro García Moreno o el germen de cuervo de algún menguado Caamaño, como esos rudos presidentes del Ecuador...

Juan Torrendell

Juan Torrendell es un nombre unido a mis mejores años de juventud. En sus mocedades fué seminarista. Expatrióse luego, y en el Uruguay hizo su educación literaria autoeducativamente. Sometido a la irradiación de París, inscribióse en la rotación del impulso naturalista, bajo el pontificado de Zola. Sus primeras obras (*Pimpollos*, *El Picaflor*) se esfuerzan por mantenerse fieles a la fórmula de aquel momento. Bajo esa estrella regresó a España mi excelente amigo, y juntos compartimos las luchas y preocupaciones que agitaron nuestra ciudad imaginaria. Todas las causas de libertad, sin límite, sin atenuaciones gazmoñas, nos enajenaron el alma, y en todas ellas nuestra pluma fué lanza quijotesca; en ellas hicimos nuestro aprendizaje sentimental. Conservo de aquellos días una preciosa carta de aliento que dirigió a nuestro grupo el patriarca de toda intervención por la justicia: D. Francisco Pi y Margall.

Hubo siempre generosidad, nobleza, sinceridad, a veces ingenua, en las expansiones literarias y políticas de Torrendell. Tuvo siempre una juventud consustancial que los años no podían destruir. La propia movilidad de su espíritu no era en él versatilidad, sino pasión por todas las formas intensas de la vida ciudadana, vibración de múltiples cuerdas interiores bajo el arco invisible...

Uno de sus dramas, en catalán—*Els Encarrilats*—, dióle su hora de popularidad, como un grito de guerra en la plaza soñolienta, contra los usurpadores de la magistratura civil. Convivimos entonces en inolvidables cenáculos, que la muerte ha diezmando ya, escogiendo sus víctimas...

La fraternidad del buen amigo fué para nosotros un consuelo, que compensaba la envilecedora compañía de las plebes dorañas; una ayuda en la lucha extenuante contra la imbecilidad, la incompreensión y la vileza. En nuestro refugio de protesta, incurablemente romántico—que no era una torre de marfil, sino un baluarte de hostilidad—, nuestra fantasía levantaba los muros de la eterna Icaria al son de las melodías antifilisteas de Schumann y las sonatas purificadoras de Beethoven... ¿Lo recuerdas, amigo carísimo, tan lejano y tan próximo?

Juan Torrendell, fatigado de la lucha espiritual por su España, sin más fruto que el desengaño—desengaño que sólo

para los optimistas natos es acicate de nuevos esfuerzos y renovación de savia—, volvióse a América, hacia donde le atraían familiares amores. Instalóse en la gran metrópoli del Plata. Y de él recibo ahora un volumen de ensayos críticos, casi todos sobre escritores americanos. Titúlase *El año literario 1918*. En todos ellos resplandecen las cualidades rectrices del temperamento de su autor: alteza de criterio, elevación sentimental, desinterés, permeabilidad para toda causa noble. Y me es grato, desde esta tribuna congénere con la suya, enviar al antiguo compañero de guerra espiritual y ciudadana esta salutación.

Gabriel ALOMAR

BUSCO UN POCO DE ALEGRÍA...

Porque tengo el alma torturada y el corazón reseco busco un poco de alegría...

En la mañana diáfana, camino lentamente por el parque. Pasa una mariposa blanca... Nada hay que dé una sensación de alegría tan intensa como el loco revoloteo de una mariposa blanca entre el oro del sol y la policromía de las flores. ¡Palpita alegre, pobre corazón! Llega el mediodía tan suave y dulcemente en esta mañana otoñal, que hasta el silencio parece una melodía maravillosa.

Y mientras la Naturaleza se transforma y las hojas caen y se pudren en los paseos húmedos, ¡oh, pudredumbre magnífica, llena de aromas!, para tornar a su vida fastuosa cuando la primavera vuelva, los hombres luchan y se matan a traición.

Porque tengo el alma torturada y el corazón reseco busco un poco de alegría...

Pero la blanca mariposa desapareció entre los árboles y el encanto se ha roto.

En la quietud del parque llegan a mi oído las vocecitas lejanas de unos niños que juegan al corro:

«Arroyo claro, fuente serena...»

Para ellos todo está bien; no hay más que la fuente y el arroyo, y algún pájaro que pasa, y unas risas inocentes, frescas, ingenuas. Todos son iguales y no hay sexos, ni clases, ni categorías. Para ellos todo está bien. Tan sólo el egoísmo inconsciente triunfa en algún momento:

«Mi muñeca es más grande que la tuya.»

«Tengo veinte soldados de plomo más que tú.»

Así dicen unas vocecitas de cristal, y otras vocecillas suplican:

«Déjame un poquito tu muñeca y mañana te traeré un caramelo.»

«Si me das cuatro soldados, esta tarde te regalaré un libro de estampas.»

Y no pasa más: en toda la extensión del mundo, lo mismo que en este pedacito de tierra que constituye el parque de mi paseo, para los niños de todas las razas, la escena se repite: el arroyo, la muñeca, el soldado... Y no pasa más.

Y en toda la extensión del mundo, en los más escondidos rincones del planeta, los hombres luchan y se matan. Y para justificar la matanza hablan siempre de un ideal: Patria, Fe, Reivindicación...

¡Corazón, corazón, cómo sangras!

Yo quisiera que la tierra tornara a una niñez immaculada; yo quisiera ver un niño en cada hombre; yo quisiera ser niño hasta mi muerte...

Pero ya los años me encorvan, me sojuzgan, y hasta para avanzar por las alamedas de este parque en busca de un poco de alegría he de andar con los ojos cansinos, clavados en el suelo.

Y, entretanto, he aquí una plazuela enarenada y más niños, muchos niños. Dos, vestidos de blanco, son como aquella mariposa blanca que vi, embriagada de luz, entre el oro del sol. Corren, saltan, gritan, se persiguen en una explosión de vida jocunda. La madre, joven y hermosa, rebotante de salud, borda sentada en un banco rústico, a la sombra de las acacias. Y, de pronto, un viejecito pulcro y tembloroso aparece en la plazuela. Y los niños, vestidos de blanco, le reconocen y, como flechas, se dirigen a él:

—¡Abuelito, abuelito!... ¡Mamá, qué viene el abuelo!

Viene el abuelo y viene una ilusión, porque el viejecito, esperado con impaciencia, siempre trae alguna golosina y, quizás, algún juguete.

Y los niños miran a lo alto, siempre a lo alto, para ver al abuelo, para ver los árboles, y los pájaros, y el cielo luminoso, intensamente azul.

Sigo adelante. La escena se desvanece mientras ayanzo, cansino, con los ojos clavados en la tierra. La ciudad se extiende ante mí, con todas sus miserias. Como un despojo voy a hundirme en su farrago cotidiano. Pálido y enfermizo, debo de tener el aspecto de un pobre pierrot. ¡Menos mal! Un pierrot, esa eterna figura de tablado, es lo que más se asemeja a la niñez.

¡Pierrot, triste Pierrot! Yo te quiero con la ternura que se quiere al hermano. Ven a mí con la tradicional carga de tu vida infinita y farandulera... Tú, que todo lo ignoras; tú, que con las muñecas de tu cara blanca y trágica provocas la risa porque sufres y porque eres débil; tú, que en noches fragorosas de hechizo y de luna cantas, sollozando, tu inútil y eterna trova de amor; tú, que eres inocente, y grotesco, y poeta, y que sucumbes atormentado por el golpeo de ese corazón tuyo, tan grande como frágil; tú, el burlado, el olvidado, el despreciado por todos los hombres, ¡ven a mí, Pierrot!...

Yo te invoco como si fueras el único ser capaz de sentir, hasta en lo más profundo de tus entrañas, todo el inmenso dolor, toda la horrible tragedia, toda la alucinante pesadilla que palpita en la tierra. Yo te llamo, Pierrot, y, melancólico y perplejo, te digo:

Porque tengo el corazón reseco y el alma torturada busco un poco de alegría... Pero ¿en cuál rincón del mundo se puede encontrar?... Mira por todas partes, desgraciado Pierrot: he ahí la obra de los hombres; he ahí los despojos ensangrentados de una refinada civilización... ¿En dónde encontrar un poco de alegría? ¿Nada más que en los juegos de los niños, que son como tú, o en el aturdido revoloteo de una blanca mariposa, entre el oro del sol y la policromía de las flores?

Alfonso G. del BUSTO

BAÑOS DE SOL

EN el mundo, a pesar de haberse terminado la guerra, se ven todavía algunos cuadros bíblicos.

Por ejemplo: cara al cielo, bajo la luz del sol, hay unos cuerpos humanos en las más extrañas posturas, en actitudes de pesadilla: uno de ellos, con los brazos y piernas muy abiertos, se agarra al suelo con la crispación de una de sus manos, como si tratase inútilmente de afianzarse a la vida; en otro, una pierna contraída es lo único que parece vivir—la vida lamentable del dolor—en medio de la absoluta rigidez del conjunto; éste yace boca abajo como queriendo abrirse con uñas y dientes su propia sepultura; aquél ha caído de lado, encogido, como caen los lidiadores en la arena para no levantarse... hasta que el peón de confianza se ha llevado el toro a los antipodas; al de más allá, una mano piadosa le ha cubierto la cara con un pañuelo, evitando, sin duda, la mueca grotesca del sufrimiento agónico...

De pronto, cual si bajo el firmamento, de un azul de añil, hubiese resonado la trompeta del juicio final, aquellos muertos se mueven, se desperezan, cubren con la manta nivea sus desnudeces y marchan a vestirse a los gabinetes de los baños públicos. Es que en el reloj del cá-

sino Bellevue ha dado la una; es la hora del almuerzo, y con las cosas de comer no se juega.

Sí, lector, porque estamos en la playa de Biarritz, y esos señores, tras el baño de agua marina, tomaban tranquilamente su baño de sol.

No cabe duda que el sol se ha puesto de moda. No ya en los países neblinosos del Norte, donde el día que sale el sol es un día de fiesta nacional y hay colgaduras en los balcones, sino acá, en el Mediodía amado por Helios, el astro rey es ahora tan elegante como un *smoking* con trabilla.

Antes los españoles no conocíamos el baño de sol; el único ensayo un poco serio que entre nosotros se había hecho de helioterapia—suena bien, ¿no?—era el de los tendidos de sol de las plazas de toros. En ellos, sobre todo durante los meses de julio y agosto, el buen público rendía culto—un poco inconscientemente— a este gran recurso de la medicina no-

visima. Con algunas imperfecciones, claro es, tales como el uso de esos abanicos de colorines con que pretendía amortiguar el beneficio de los rayos solares, y el consumo excesivo de gaseosa y *alcachueses*; cosas ambas que parecen estar contraindicadas en la moderna terapia.

Pero, aun con eso, la fiesta de toros podía añadir a sus muchas buenas cualidades esa de ser eminentemente curativa y antirreumática. Convengamos en que los críticos taurinos no han sabido sacar todo el partido posible de ese argumento como arma defensiva contra los ataques de los intelectuales. Yo se lo brindo a la Empresa explotadora de la plaza monumental que en Madrid va a construirse: de hoy más las localidades de sol deben ser mucho más caras que las de sombra, y las de sol y sombra deben suprimirse por ambiguas y epicenas; tomar un baño de sol y sombra sería como meterse en el agua del mar con un termosifón.

Lector, ¿no has tomado nunca un baño de sol? ¿Que no?... Permíteme que no lo crea; tú eres una persona progresiva. Decidete y verás; es algo succulento: el cerebro se tonifica, los músculos se hacen de acero, el cuerpo se deshidrata y la medula se convierte en un fleje. Se come mejor, se digiere de un tirón y se duerme como en el Senado. Y no le temas a la insolación ni a la congestión; esas son voces que hacen correr los fabricantes de sombrillas y de persianas.

Te lo digo yo con la autoridad que me dan los cuarenta y siete baños solares que llevo tomados desde que estoy aquí; algún día he aguantado hasta cinco horas seguidas, y ¡tan fresco! He llegado a tomarlos hasta en los días nublados, gracias a un procedimiento de mi invención, que te lo brindo: en esos días en que el sol nos declara el *lock-out* a los mortales, no hay mas que tenderse en el sitio de costumbre, pero por la noche, y bajo la radiación inmediata de un foco de luz eléctrica del alumbrado público.

Con los baños de sol hasta se ahorra un dinero; sí, porque mientras lo tomas no juegas al *bačcarat* ni al treinta y cuarenta.

Esto es lo que me ha enseñado la experiencia de la nueva terapia en este país de Francia, que, a pesar de sus tres Repúblicas, será siempre la patria del Rey Sol.

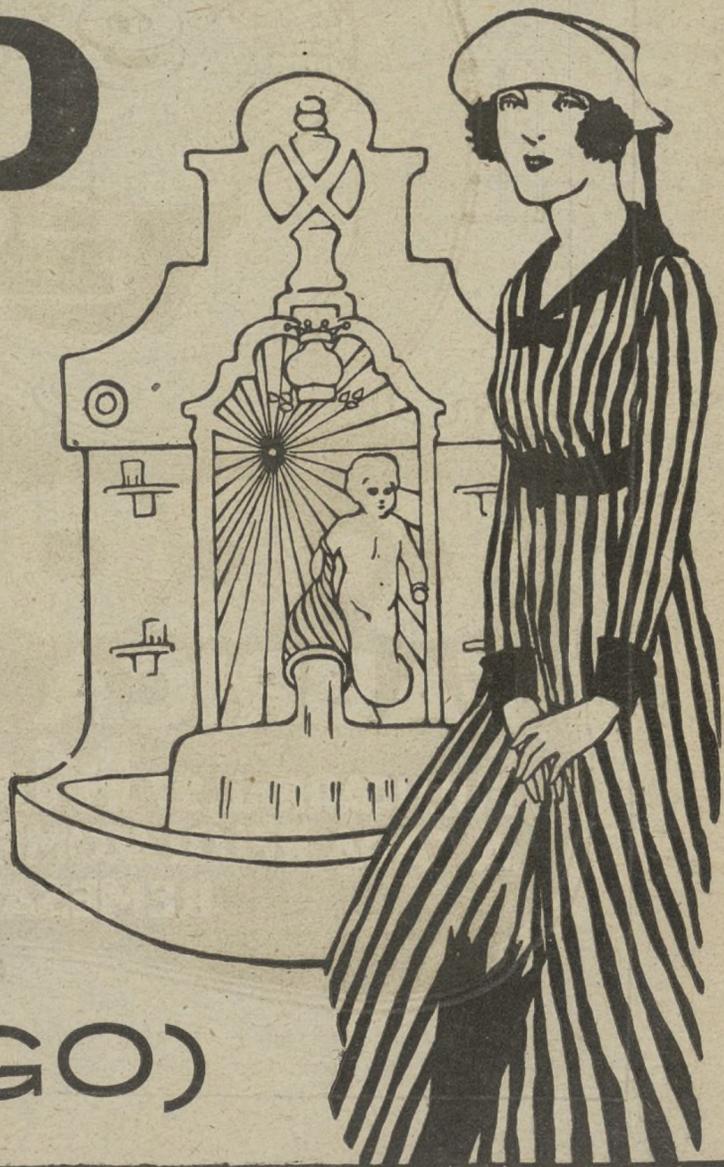
Joaquín BELDA



AGUAS DEL INICIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

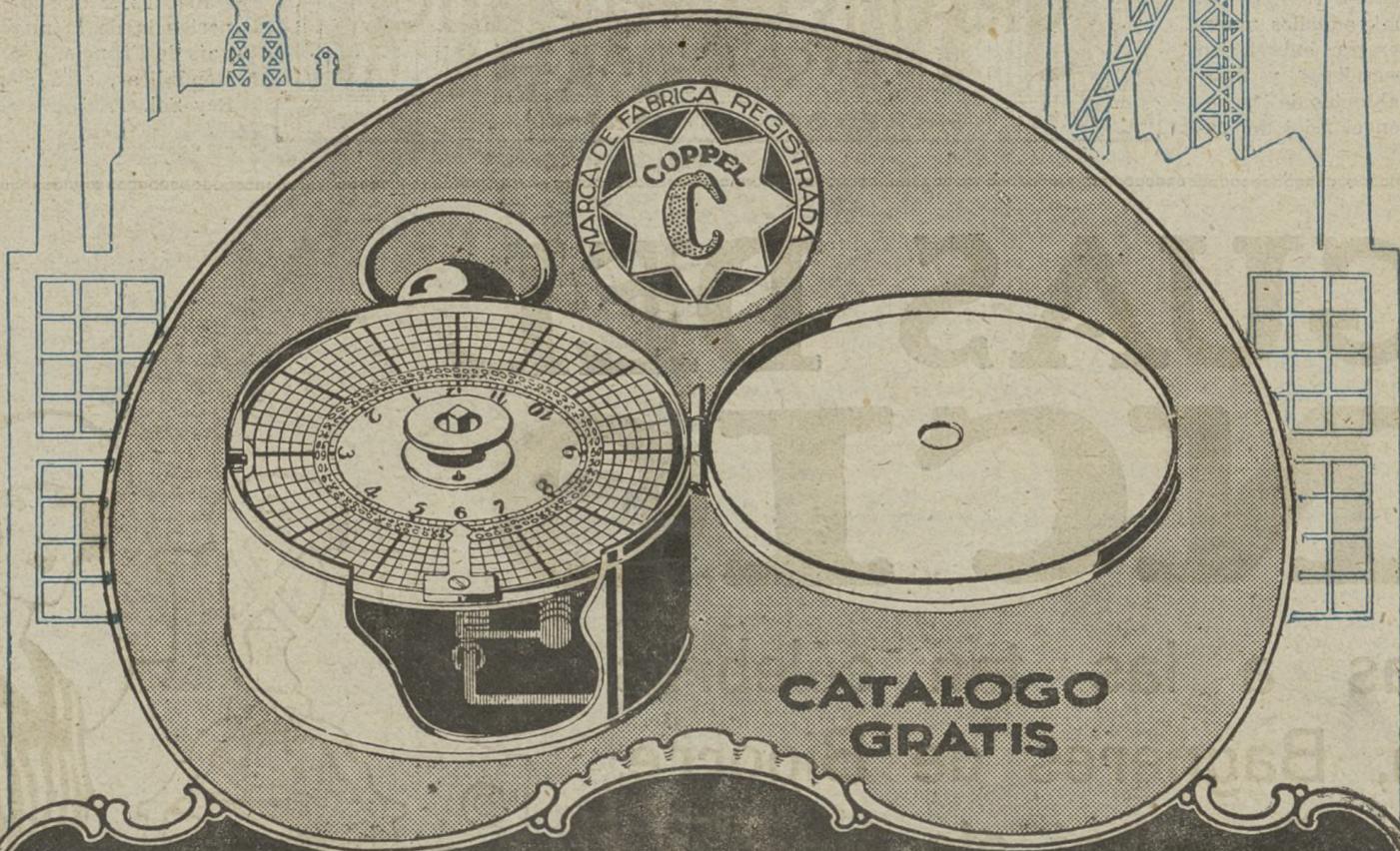
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.



Bóveda (LUGO)

RELOJ VIGILANTE

MUY UTIL
PARA BANCOS / TEATROS
MUSEOS / BIBLIOTECAS
FABRICAS / ETC.



COPPEL

FABRICA DE RELOJES

FUENCARRAL, 27 MADRID FUENCARRAL, 27
A CADA RELOJ ACOMPAÑA CERTIFICADO DE GARANTIA
REMESAS A PROVINCIAS

BRAUNE